



IDENTIDAD PILARENSE

Cápsula 2

PILAR RELIGIOSO



EL MILAGRO DE LA VIRGEN DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

En el año 1630 a orillas del río Luján, se detiene una carreta que transportaba desde el puerto de Buenos Aires a Sumampa, Santiago del Estero, dos imágenes de la Inmaculada Concepción de María. Una de las dos imágenes decide establecerse allí, dando lugar a lo que es Nuestra Señora de Luján, patrona de todos los argentinos y viajeros.

Los datos más precisos que determinan el lugar del milagro de la Virgen de la Inmaculada Concepción a principios del siglo XVII los aporta Monseñor Antonio Presas como miembro de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina.

Presas sostiene que el “camino viejo”, a metros de la actual ruta 8, llegaba a la estancia de Rosendo sobre la costa del Río Luján, límite con la estancia “La Montonera”, en el paraje conocido como “el paso costado”. Sitio en que el río se podía vadear caminando, pues allí su lecho es rocoso y está aproximadamente a unos 40 centímetros de profundidad.

La fecha del milagro se establece en el año 1630 cuando Portugal estaba incorporado al reino de Castilla. Según los documentos relevados por Monseñor Presta, un comerciante portugués estableció una estancia en Sumampa, que estaba en el límite entre Córdoba y Tucumán. Al no contar con ninguna manifestación de vida religiosa, este comerciante le encargó a un artesano de Porto Alegre, Brasil, una imagen de la Virgen de la Inmaculada Concepción corpórea o “de bulto” para venerarla en su establecimiento rural. Debido a que los impuestos aduaneros que establecía la corona española eran muy altos, se desarrolló un intenso contrabando.

Se supone que un contrabandista, Andrea Juan, introdujo dos imágenes de la Virgen desde Brasil. El barco llegó a Buenos Aires el 31 de marzo de 1630. Las mercaderías traídas de manera clandestina fueron decomisadas por las autoridades del puerto, pero el padrastro de Rosendo, quien era un hombre muy rico e influyente, hizo arreglos y gestiones para que el contrabando pasase.

El negro Manuel, esclavo del contrabandista, venía con las dos imágenes que, encajonadas, se colocaron arriba de toda la carga de una de las carretas que enseguida se alistaron para transportar el contrabando al Norte del país.

¹ Presas, Juan Antonio. “Nuestra señora de Luján y Sumampa. Estudio crítico-histórico 1630-1730”. Ed Autores Asociados, Morón, Pcia Buenos Aires, 1974

La caravana tomó hacia la estancia de Rosendo por el camino viejo y después de muchas horas avistó el paraje del Árbol Solo, como también era conocido el lugar, por un gran sauce a la orilla del río que le daba ese nombre. pero al vadear el Río Luján la carreta que llevaba las imágenes de la Virgen, los bueyes que la arrastraban se detuvieron y nadie pudo conseguir que se movieran, por lo cual se empezó a descargar la carreta. pero ni bien el Negro Manuel descargó el cajón con la sagrada imagen, al depositarla en la banda sur del Río Luján los bueyes se mostraron activos y lo cruzaron.

Esa imagen y el Negro manuel quedaron en la orilla del río del aldo de Pilar. la otra imagen de la Inmaculada siguió en la carreta hacia Sumampa.

Luego de unos años el Gobernador Martínez de Salazar decide cerrar esa zona del "Camino Real", por lo que "por los años de 1670, la estancia de Rosendo se hallaba en un lastimoso abandono por el descuido de sus dueños. Es en este momento que Ana de Matos donó las tierras donde actualmente se encuentra la Basílica de Luján.

El Lugar del Milagro en la localidad de Zelaya, se encuentra en las calles Almirante Guillermo Brown y Fray José De la Quintana.

LA IGLESIA NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

Gregorio Ferrá (H), un vecino con profundo interés en conocer y dar a conocer el pasado de Pilar, ha recopilado cuantiosas fuentes históricas que le permitieron publicar el Manual de historia de Pilar como así también, en las Jornadas de Historia del Partido de Pilar. Los antecedentes históricos de la iglesia Nuestra Señora del Pilar, fue uno de los temas que el autor desarrolló y aquí pasamos a relatar.

En el año 1672, el día 21 de marzo, el Maestre de campo don Josep Martin de Salazar pide a la reina de España la construcción de un fuerte para defender el Puerto de Buenos Aires de las invasiones extranjeras. La construcción del mismo fue encargada a los Padres de la Compañía de Jesús que junto a soldados aragoneses, reclutaron a integrantes de pueblos originarios como mano de obra. Los jesuitas y los soldados aragoneses con sus familias que se ubican en estas tierras, traían consigo una imagen de su Patrona, nuestra Señora del Pilar.

² Ferrá, Gregorio J. Manual de historia de Pilar. Ed Dunken. Bs As, 1999

En ese lugar, a la vera del camino de las carretas al Sumampa o Córdoba del Tucumán, comenzó a crearse un poblado venerando esta imagen. Una vecina del lugar llamada María Cabezas, mujer de Francisco Gómez, cedió una cuadra en cuadro para que se construyera en el lugar una capilla para que “en beneficio espiritual se atendiera a esa numerosa vecindad que vivía y moría en suma barbarie”, según dicen los documentos originales a los que pudo acercarse Ferrá.

Con autorización del Obispo de la Diócesis, Monseñor Juan Arregui, se comenzó a construir la capilla de paredes de adobe, techo de tejas con cuatro tirantes y cimientos de ladrillos, en el año 1731.

En este lugar estuvo ubicada la población hasta que en 1797, el 1ero de abril, comienzan los pedidos de traslación de la misma a una loma cercana (lugar donde se encuentra actualmente la parroquia) debido a lo anegadizo del terreno.

El último pedido de traslación está fechado el 18 de abril de 1818 y está firmado por Pilar Beliera, Ramón Urien, Pascual Rivas, Pedro Torres. Francisco Maderna y Pedro Gesar.

Las gestiones del Padre Tagle fueron muy importantes para el traslado. El Cabildo de Buenos Aires aprueba la construcción de la nueva iglesia. Y, Rivadavia como Ministro de Hacienda de Martín Rodríguez, envía 10.000 pesos para la construcción del templo que se comenzó a construir en agosto de 1821 y se terminó el 12 de octubre de 1856. El costo total de la construcción fue de nueve mil, seiscientos y nueve pesos.

La estampa del día de la inauguración decía lo siguiente:

“Nuestra Señora del Pilar, Patrona y Titular de la Iglesia y Pueblo de ese nombre en donde se venera desde su fundación (año 1821, se refiere a la fundación del pueblo nuevo) durante el ministerio de Bernardino Rivadavia. Se comenzó la fabricación de la Iglesia bajo dirección del arquitecto José Villa el 21 de agosto de 1821 por don Lorenzo Lopez auxiliado por el Supremo Gobierno. Se continuó la construcción logrando dar cima a tan importante obra auxiliados generosamente por todos los vecinos del pueblo y su Partido, bajo la dirección del arquitecto Roque Petrocchi el día 12 de octubre de 1856, día en que se bendijo la Iglesia”

Quienes dieron verdadero empuje a la construcción fueron, en primer término, don Ventura López Camelo, primer administrador de la obra, el Padre Tagle y don Lorenzo López, hijo de don Ventura y héroe de la batalla de Perdriel.

La segunda torre se comienza a construir en el año 1921, cambiando el estilo arquitectónico al Barroco italianizante.

En el año 1994, se declara a la parroquia Nuestra Señora del Pilar como Monumento Histórico Nacional.

LA CRUZ DE PILAR

Sacerdotes misioneros llegaron a Buenos Aires procedentes de España y se detuvieron en un punto específico a causa de la enfermedad de varios de ellos. Por eso mismo construyeron una cruz con troncos para rezar por la salud de los mismos. Una vez mejorados de sus dolencias y sus vidas a salvo volvieron a ese lugar y refaccionaron la cruz como agradecimiento a Dios por haberlos curado.

En su libro Mitos y leyendas, el vecino actor y escritor Manuel Vázquez nos trae la Leyenda de la cruz de Pilar:

Bajo el título "Movimientos y Fundaciones, Libro IIº", las amarillentas hojas encuadernadas registran, con prolija y casi desvaída caligrafía, gran parte de la historia de la congregación franciscana en nuestro país. Allí, a fines del siglo XVIII, se asentó el incendio de la iglesia de San Francisco, en la ciudad de Salta, y también se apuntó como un grupo de frailes de la orden, transportando una imagen de Nuestra Señora de las Nieves recién llegada de España, partió desde Buenos Aires con la intención de entronizarla en el templo que se estaba construyendo después del siniestro.

Señala que salieron desde el monasterio de los Recoletos (actual Centro Cultural Recoleta) una madrugada del mes de enero de 1781. Viajaban en tres carretas tiradas por bueyes. Encabezaba la marcha un coche ligero arrastrado por caballos.

³Vázquez, Manuel. Mitos y leyendas de Pilar 2.-1a ed.-Buenos Aires: Del Tratado, 2012

En él, instalado entre almohadas, intentaba llegar al norte fray Diego Núñez de Ocaña, un anciano a quien se le adjudicaban poderes sanatorios y milagrosos. En la orden lo consideraban casi un santo. Decían que sus manos, ocultas siempre bajo el escapulario del hábito pardo, presentaban los estigmas de la crucifixión.

El superior del monasterio porteño había tratado de convencer a fray Diego para que no emprendiese con su salud quebrantada un viaje tan largo y peligroso, cruzando casi todo el virreinato; pero el anciano le suplicó que lo dejase ir a morir en el lejano convento salteño donde había pasado gran parte de su vida. Ante este ruego, acondicionaron la volanta destinada a hacerle más llevadera la interminable travesía.

El calor era insoportable. Ni un solo árbol sombreaba la borrosa rastrillada que seguía la caravana en el lento avance que permitía el paso de los bueyes. Los religiosos, bajo los toldos de las carretas, se habían remangado los hábitos y se echaban aire con pantallas de palma mientras desgranaban las cuentas de sus rosarios. En el coche, zarandeado por los saltos causados por las irregularidades del camino, fray Diego sudaba a mares y un leve silbido escapaba de sus pulmones socavados por la enfermedad.

El horizonte se cubrió de pronto con oscuros nubarrones y los truenos siguieron al fulgor de los relámpagos. La caravana intentaba llegar a la villa del Pilar, a orillas del río Luján, antes de que la tormenta se lanzase sobre ellos, pero no lo lograron.

Primero fue una terrible granizada con bloques helados del tamaño de un puño. Los troperos, recibiendo sobre sus cuerpos los golpes de las piedras, debieron manear a las bestias para evitar que huyesen espantadas. Luego se descargó una espesa lluvia que el viento huracanado empujaba hasta el interior de las carretas.

El mayoral, al comprobar que se habían detenido en un bajo inundable, ordenó continuar la marcha bajo ese torrente de agua que impedía la visión. A poco de andar ya habían perdido la huella y avanzaban a ciegas por el campo encharcado.

Tras una hora de marcha, cuando amainó el aguacero y notaron que pisaban una loma no anegada, se detuvieron. Estaban empapados. La temperatura había descendido rápidamente y, en la volanta, fray Diego temblaba como una hoja, deliraba entre fragmentos de plegarias en latín. Sacaron de los baúles unas mantas secas para abrigarlo y en el mismo carruaje encendieron un brasero con la poca leña que no se había mojado.

Antes del amanecer, el viejo religioso apenas respiraba rodeado por sus hermanos pero recuperó la lucidez al confesarse y recibir los santos óleos. Comulgó y luego, ya preparado para entregar su alma, con un hilo de voz pidió ser sepultado allí mismo y que señalasen el sitio con una cruz. No deseaba que sus hermanos padeciesen la tortura de conducir un cadáver por leguas y leguas. Solicitó luego que se acercase el mayoral a cargo e la caravana y, levantando apenas su mano sarmentosa, le señaló el rumbo indicándole que, siguiendo en esa dirección, llegarían a la villa del Pilar.

Cuando clareaba, fray Diego Núñez de Ocaña dejó de sufrir. Cumpliendo con su voluntad, tras rezar misa y un responso, los religiosos abrieron una sepultura en el suelo gredoso y depositaron el cadáver envuelto en una casulla dorada que iba destinada a la catedral de Córdoba.

Bajo el piso de las carretas llevaban algunos gruesos tirantes para usarlos como repuestos de ejes o varas durante la travesía. Con dos de ellos construyeron una gran cruz para señalar la tumba y reiniciaron la marcha con las enormes ruedas hundidas en el barro.

Siguiendo la indicación dada por el fallecido fraile, pronto volvieron a encontrar la huella y, a una legua, el poblado del Pilar cuyos moradores trataban de rescatar sus escasos bienes de la inundación provocada por un nuevo desborde del río Luján.

Durante muchos años, cada vez que los franciscanos viajaban hacia el norte, hacían que las carretas se desviasen del apenas dibujado camino real para detenerse e rezar en la tumba de fray Diego. Cuentan que en alguna oportunidad, al notar que la cruz de madera aparecía deteriorada, la reemplazaron por otra nueva.

Cuando los vecinos de la villa lograron mudar el pueblo hacia la loma en que se encontraba la tumba, tomaron a su cargo cuidar la cruz, aunque el cuerpo del fraile ya había sido exhumado y transportado al templo salteño de San Francisco o, según afirman otros, sepultado en la iglesia de Pilar bajo el altar del calvario.

Tiempo después, una cruz de mampostería que aún se conserva, reemplazó a la que reponían los padres franciscanos.